

¡Que la Nación me lo demande!³

Gonzalo Valdés Medellín

Para
quien sabe librar
la diaria batalla
por la supervivencia
y la dignidad

Gonzalo Valdés Medellín (Ciudad de México, 1963) es un escritor que ha cultivado todos los géneros, desde el cuento, la novela, la poesía, hasta el ensayo, el periodismo cultural, la crítica y la dramaturgia. Es también director de teatro.

Inicia su carrera bajo la tutela de maestros como Clementina Otero, Huberto Batis, Emmanuel Carballo, José Antonio Alcaraz y Luis G. Basurto y estudia teatro en el INBA y la UNAM. Desde 1982 ejerce el periodismo en todas sus facetas destacando como entrevistador, cronista urbano y crítico teatral en diversos medios escritos y electrónicos. Actualmente es crítico teatral de La Cultura en México, suplemento de la revista *Siempre!* y asesor editorial de Editores Mexicanos Unidos. Fue becario del INBA y del FONCA en varias ocasiones, tanto en ensayo, como en teatro y dirección escénica. En 1995 publica en España su obra hasta ahora más representativa, *A tu intocable persona* con la que revoluciona el teatro en la

Y a la memoria de mi padre, Gonzalo Valdés Rosas, *que me enseñó a luchar*

"...la tierra se llenó de cadáveres... Los mares... se enrojecieron de sangre. Se mira a los Estados Unidos con aire de desafío, con amor a la guerra... La civilización ha triunfado..."

Rubén Darío,
Bajo las luces del sol naciente

PERSONAJE:

ÉL

UBICACIÓN:

UNA ALCANTARILLA EN EL CENTRO DE UNA GRAN URBE

ACTO ÚNICO

Un túnel se ve iluminado de súbito por la luz nocturna que se filtra por la alcantarilla; bajo ella vemos al Hombre. Su aspecto es el de un pordiosero, viste harapos, quizá un viejo sombrero de fieltro y un pedazo de suéter. No lleva zapatos y los pies muestran costras de añeja mugre. Está cansado y, sin embargo, hace esfuerzos sobrehumanos para mantenerse en pie y seguir vivo.



ÉL: Se los juro: yo era un buen hombre. Por Dios, no les mentiría, yo era un ser respetable, amable, querible, al menos eso es lo que la gente decía de mí. "Es un hombre de bien". Y a mí me agradaba que lo dijeran porque era como reconocer el mismo triunfo de mis padres, que mucho hicieron, que mucho lucharon por eso, porque yo fuera un hombre de bien. *(Por la reja de la alcantarilla comienzan a filtrarse ruidos de automóviles que transitan a toda prisa. Él se exaspera con el ruido, parece ensordecido, grita.)* ¡Ah, ese ruido! ¡Insoportable! *(El ruido comienza a cesar y es suplantado por un goteo monótono.)* Así, así está mejor. *(Voltea a todos lados.)* Nadie. No hay nadie. Sólo mis amigas las ratas que esperan, me esperan... *(echa una risita nerviosa.)* ¡Desgraciadas! Saben que terminaré convirtiéndome en su alimento, que soy mucho mejor bocado que cualquier tonelada de basura que se puedan comer. Pero todavía falta tiempo. Falta, mis queridas ratas, amigas... falta arreglar algunas cositas todavía. Sí, seré suyo, prefiero ser de ustedes que de los gusanos; ustedes al menos me han acompañado durante mucho tiempo... *(Se agarra la cabeza con fruición. Un dolor casi lo dobla, pero contiene el grito.)* Mucho, mucho tiempo... ¿Cuánto? ¿Cuándo empezó todo esto? Octubre, sí, octubre de 1968.... ¿o un Jueves de Corpus de 1971? ¡No, no!, es otra la fecha, ya lo recuerdo... 1985. Navegué entre cadáveres descuartizados, entre miembros humanos destrozados por el terremoto... ¡No! No... No fue así. Esos son reflejos de mi memoria, solamente. No. Hoy recuerdo con claridad. Lo recuerdo muy bien. Yo trabajaba en el Congreso, era joven e impetuoso. Yo quería un mejor mundo, lo quería junto con todos los míos. Lo anhelaba. *(Como hablando ante el Congreso:)* Un mundo mejor, compañeros, donde la Justicia y la Razón prevalezcan, donde no haya hambre, donde la libertad no cobre facturas de crimen, donde nadie se moje las manos de sangre. ¡Un mundo nuevo, compañeros!, del que nacerá un hombre nuevo encarnado por nuestros hijos y nuestras hijas. Donde la cobardía y la traición no sean los antifaces del Poder. 1968... 1994... ¿Quién mató al Candidato? ¿Qué Bestia vil pudo perpetrar tal magnicidio? Justicia, Justicia y Libertad para los disidentes. Que el pueblo se levante, que despierte de la pesadilla, de la mentira... ¡Que la Nación nos lo demande! *(Queda quieto intempestivamente, con un vago aliento de melancolía reflejado en los ojos. Retoma:)* ¿Cuándo fue...? La ciudad destruida, eso es lo único que recuerdo, aunque sé, lo sé, que también alguna vez fue bella. ¡La región más transparente del planeta!, decían. 2000. ¡El cambio! 2001. ¡La odisea victoriosamente librada! ¡Ja, ja, ja! ¡El cambio! 2010. ¡El cambio: 2025! La guerra continúa. Pero no desistiremos. *(A las ratas, como si lo estuvieran escuchando atentas.)* ¡No desistiremos, compañeros! El último que quede vivo,

segunda mitad de los años noventa, marcando un hito en el tema del sida y las libertades individuales. Por esta obra recibe ocho Arlequines de la crítica especializada, entre ellos, al mejor dramaturgo y director del año y es condecorado con la Orquídea de Oro al Mejor Dramaturgo. Como narrador recibe en París, Francia, el Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional por su cuento *En la casa de las semejanzas*, en 1995, y como periodista le es otorgado el Premio de Periodismo José Pagés Llergo, en el género crónica, en 1999. Su díptico de monólogos *Apocalípticos* ("La Odisea del Ángel" y "¡Que la Nación me lo demande!") recibe el Premio de Literatura 2001 del Instituto Mexicano de Cultura de la Ciudad de México y el Premio al Mejor Monólogo del Año de la Asociación de Periodistas Teatrales (APT). Publicó la versión novelada de *A tu intocable persona* y el libro de ensayos *Tras el espíritu de Akenatón. Subversivos contemporáneos*. Ha prologado obras

de importantes escritores como Hugo Argüelles, José Antonio Alcaraz, Luis G. Basurto, Emmanuel Carballo y Guillermo Schmidhuber. Entre sus trabajos como director destacan: *Las criadas* de Jean Genet, *El tercer Fausto* de Salvador Novo, *Invitación a la muerte* de Xavier Villaurrutia, *Los huesos del amor y de la muerte* de Hugo Argüelles y sus versiones de *Volpone* de Ben Jonson y *Huasipungo* de Jorge Icaza. De su propia autoría sobresalen las piezas *Corazones apasionados*, *La carcajada de Genet*, *A tu intocable persona*, *Apocalípticos* y *La furia del escorpión* (estrenada en la Universidad Autónoma de Guanajuato y que recibió Mención Honorífica en el Concurso Max Aub de España en 2002). En diciembre de 2003 es ganador indiscutible del Premio Nacional de Dramaturgia de la Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León con su obra *Ecce Novo* o *El tercer Novo*, fábula fáustica *in memoriam* Salvador Novo, a treinta años de su muerte y en el Centenario de su natalicio.

cuando todos nos hayan abandonado, cuando a todos nos hayan exterminado, el último, compañeros, será el primero en acabar con el mal gobierno! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Abajo la tiranía! ¡Mueran los gachupines! ¡A la chingada los pinches gringos! Somos el producto de nuestra historia, el gargajo de nuestras constantes... pendejadas. Pero eso haré, sí, eso haré. Acabar con todo lo inhumano; como decía mi amiga Martha Bátiz: ¡A todos, a todos los voy a matar! Aquí estoy, en la alcantarilla más cercana a la Residencia Gubernamental. La tengo que destruir. Que sirva mi sangre, una vez más, para procrear la nueva vida, la luz de vida (*juega con las palabras, gozosamente*) debidamente filtrada por mi rabia. Sea el último estallido de mi semen la fuerza de mi amor por la Verdad. (*Ahora sí grita. El dolor de cabeza es intenso, lo dobla. Al caer, siente cómo las ratas se avalanzan sobre él, patatea, manotea, gime, escupe, lucha contra ellas.*) No me traicionen aún, compañeras. No me hagan sentir un Julio César desvalido en el fango de la decrepitud. ¡Quítense! ¡Váyanse! ¡Aléjense de mí! Tengo mucho por hacer, debo cumplir una misión. (*Logra ahuyentarlas. Se recompone. Canta o silba La Internacional:*) "A la lucha, compañeros, a la lucha final, y se alcen los pueblos con valor, por *La Internacional...*" (*Hace una pausa. Se acicala el seboso cabello.*) Ahora debo buscar la dinamita, aquí está, fueron las indicaciones que la Compañera Malena me dio, sí, así dijo "tendrás que llegar a la alcantarilla más cercana a la Residencia de Gobierno y ahí buscarás el baúl repleto de dinamita. Sólo tienes que llevar fósforos o un mechero". La cantidad de explosivos es vasta, queda sólo buscarla, pero aquí, entre tanta mierda, entre tanta humedad... Los cráneos que hallamos hacia 1957, si mal no recuerdo, bien pueden volver a aparecer aquí. En esta ciudad, los cráneos están sembrados por todas partes. Los cráneos y los huesos, desde nuestros ancestros, bajo la Catedral, en el Templo Mayor, en las calles de Coyohuacan... son las siembras de nuestra desdicha. Cuando construimos el viejo Teatro Arcos del Santo Caracol de la Universidad Autónoma de la Nación, también hallamos cráneos, muchos cráneos, pero los "arquitectores" no quisieron dar parte porque temían que nos detuvieran la obra, entonces los agarramos y los metimos en cajas, luego las quemamos, pero yo me llevé a mi casa un cráneo, con miedo que se fue volviendo devoción... ¿De quién sería ese cráneo...? ¡Jamás lo sabría! Pero años más tarde, en una hacienda abandonada, otros cráneos aparecieron, quizá eran los desaparecidos políticos de los años de la rebelión estudiantil... Ahí estaría quizá el cráneo del hijo perdido de doña Piedra. Yo quise creerlo así, me hubiera gustado decirle: yo encontré el cráneo de su hijo, ya no lo busque, yo lo tengo, yo he recolectado cráneos de hombres y mujeres que dieron su vida por la Lucha,



pero no pude hacerlo, era quitarle a una mujer la ilusión más grande, el sostén de su existencia: recuperar a su hijo. Nunca lo halló, pero yo dije y quise creer que uno de esos cráneos era el hijo perdido de la Madre revolucionaria, agotada, acabada, silenciada por los años, la impotencia, la corrupción, la vejación... Yo hubiera querido... ¡Madres de la Plaza de Mayo! ¡Madres de los desaparecidos políticos del mundo! ¡Indígenas de Norteamérica, hasta Patagonia! ¡Esclavos de África y Asia! Yo tengo los restos humanos no identificados de sus hijos, yo los llevo conmigo, aún hoy, aquí, en este costal (*arrastra un costal de huesos y cráneos, extrae algunos de ellos, comienza a tirarlos a las ratas. Toma un cráneo. Le habla*). Fuiste o no fuiste. ¡Eres! Y no hay dilema. Eres el esqueleto de la subversión acallada y reprimida. Y yo soy tu vengador. Ni tu sangre ni la mía serán derramadas en vano. ¡Volará en mil pedazos toda la Residencia Gubernamental! Y con ella se irán muchos kilómetros a la redonda. Morirán inocentes, pero salvaremos a la Justicia. ¡Que la Nación me lo demande! Yo era un hombre bueno, se los juro. Creía en mi país, en mis instituciones, en mis tradiciones, en mi cultura. ¡El cambio! Y sigo creyendo. Y Dios... Hay un Dios y por ese Dios sé que sobrevendrá el cambio. Yo era un buen hombre. Yo era un buen hombre. Estudié. Leí muchísimo, pagué mis impuestos, aun estando en la peor de las miserias, nunca dejé de hacerlo, el gobierno me obligaba, me quitaba hasta el último centavo y yo cedía, no me quedaba otra, estaba amarrado con las cadenas de la economía y tenía que trabajar por mi país, sin pensar a veces, ni siquiera, en mí mismo ni en mi familia. Pero en fin, en este país, nadie sabe, nadie supo para quien trabaja. Me casé. Tuve un hijo, una mujer adorable. A mi hijo lo eduqué lo mejor que pude, y pasando por encima de las privaciones propias de mi condición clase media. Vi crecer a mi retoño y hacerse, como yo, hombre de bien. Pero todo fue a causa del mal gobierno. Todo lo malo, digo, que nos cayó encima de repente y sin decir ni agua va y así... como un chubasco de infernal pantano... La culpa la tuvo la Señora Injusticia. Sí, fue por ella. Porque nosotros creímos, mis hijos, yo, muchos como nosotros, pero nos traicionaron, nos jugaron sucio, el pago fue el engaño alevoso, burlón. Nos aventaron a los pies, tres monedas de vileza. Porque nosotros creímos en ellos y los nombramos nuestros gobernantes, votamos por ellos, luchamos por ellos y, a cambio, a cambio del cambio que nunca llegó, ¿qué? ¿Qué tuvimos? ¿Qué ganamos? Miseria, pobreza, hambre. Crimen. No había otra alternativa: la lucha tenía que librarse. Debíamos luchar a brazo partido. Al principio yo no quería creerlo, no estaba convencido, pero la realidad... ¡la realidad se impone! La terrible realidad que es luchar contra los fantasmas del Mal. ¡Los fantasmas,

digo! No, no son fantasmas, son monstruos, espectros horrendos que alevosos se abren paso, malévolos, mientras nosotros corremos buscando la salida de este laberinto mugroso que es la existencia. ¡Mugroso, asqueroso, putrefacto! ¡Carajo! ¿He perdido la esperanza? No sé. ¿Alguna vez la tuve? Quizá. Yo era un hombre bueno, lo juro. Por mi madre. Yo creía. Yo tenía fe. Yo estaba destinado a triunfar, a ver la luz. Pero algo me sacó del camino. Algo no me dejó seguir. El desaliento. No hay nada en el mundo, no hay nada en la vida, a la que no se trague, con sus fauces de lobo, el desaliento. Sí, puede haber otras cosas, pero el desaliento pesa más que cualquier otra cosa buena que podamos vislumbrar. Imagínense cómo era mi vida antes de llegar a este momento. Yo tenía una mujer que amaba. Y un hijo. Y durante muchos años viví con ellos en la plena idea de que podríamos seguir adelante hasta que la muerte nos separara. ¿Quién moriría primero? ¿Mi mujer, mi hijo o yo? Trabajar, hacer planes, ser felices, eso era lo único que importaba. Pero primero se fue ella. Se fue. Un infarto. Muy joven; y muy joven me dejó con mi pequeño hijo. Luego él creció y perdí las riendas de su vida como suele suceder. No había comunicación entre nosotros. Él era artista. Yo nunca he entendido a los artistas o, debo decir, mejor, que no los entendía. Ahora sí, los comprendo, pero desgraciadamente ya no tiene ningún sentido comprenderlos. ¡Ya no hay artistas en nuestro mundo! Ya en lo que queda de mi país el arte ha desaparecido. Los malos gobiernos lo primero que hacen es acabar con la sensibilidad. A la tiranía no le importan las razones del espíritu. Las combate, las desmiembra, las sumerge en el pantano de la mediocridad. Mi hijo era artista. Poeta. Mi hijo luchaba contra el Mal a través de la palabra. Pero no hay palabra que pueda combatir el Mal. Ni siquiera la palabra divina, ni siquiera la palabra de Dios ha podido combatir el mal desde que la humanidad existe. Vivimos en una Torre de Babel en la que nadie entiende a nadie, donde nadie ayuda a nadie y nadie espera a nadie. Cayó Luzbel desde lo alto. Sus alas se carbonizaron. Su aureola se partió en dos y se convirtió en dos cuernos filosos que salían de sus sienes, como una amenaza de la mente trastornada. Lo blanco de su epidermis se volvió una costra porosa y purulenta. La venganza de Dios sobre Luzbel fue brutal, pero no contempló Dios que no hay enemigo pequeño, que el fuerte nunca debe exagerar la victoria, que el débil puede resistir más allá de todo. Y el débil Luzbel resultó más fuerte que la palabra divina que lo maldijo, que castigó su soberbia, su rebeldía y que ahora impera entre los hombres de bien sembrando destrucción, pánico, terror. Mi hijo era Poeta. Durante la gran depresión del 2005, cuando toda la ciudad vivía en el caos, convertida en la gran



Babilonia sometida por los bárbaros y las putas, mi hijo congregó un ejército de jóvenes y viriles poetas para luchar con las armas de la palabra y convencer a los hombres de resistir al Mal, hasta que la oscuridad se destruyera a sí misma. Y se fue por las calles a proclamar la paz y el amor como los muchachos que en mil novecientos sesenta y tantos se impusieron salir a lo mismo (*transición. Se escucha música del musical Hair, puede ser "Acuario". Él hará una coreografía en que recordará los años del hippismo, del amor y paz y luego bajará del escenario, rompiendo totalmente la cuarta pared para entregar margaritas al público. Luego, transición*). Pero yo le decía: "Hijo mío, mi poeta, no lo lograrás. A tus palabras las acabará un bazukazo, serán ceniza en el desconcierto de tu carne mancillada. Tu lengua la arrancará un torturador y, junto a las lenguas arrancadas a tus compañeros, la colgará en la plaza principal para que se pudran con los vientos de la guerra y se diseminen contaminando el poco aire puro que aún quede, si es que queda. Saldrán los bárbaros gorilas de las cavernas, te capturarán con los tuyos, hijo, te destruirán". Pero mi hijo era Poeta. Nunca tuvo miedo, nunca. "El miedo —me decía— es la vulnerabilidad del cobarde y del culpable". Y mi hijo era valiente. Y luchó. Y un día... ¡Desapareció! Desapareció. Desapareció con su pequeño ejército de viriles poetas jóvenes, ilusionados, ingenuos, agraciados. Busqué sus lenguas por todo el Zócalo, sus manos cercenadas entre las manos que se exhibían en la plaza pública. Visité las morgues repletas de cadáveres destazados, buscando un miembro, uno solo que me pudiera entregar un resto identificable de la humanidad perdida de mi hijo. Pero hallé sólo las cabezas, deslenguadas, desorejadas, sin ojos, los cuerpos sin brazos, sin manos... manos sin dedos, piernas partidas en dos, en tres... Nunca encontré nada. Me armé de valor, nada puede darnos más valor que la desesperación de haber perdido a un hijo, y me presenté ante los gorilas en las puertas de la Residencia Gubernamental. Les supliqué que me ayudaran a encontrar a mi Poeta. No me respondieron una sola palabra. Sólo sus ojos se entrechocaban con una mueca de diabólica satisfacción. Pedí ver al Rey bárbaro. No, tampoco. ¿Quién era mi hijo? ¿Qué hacía? ¿Por qué era tan importante para mí encontrarlo? "Porque es mi hijo, señor, por eso, porque es mi hijo", le dije llorando amargo, impotente. ¿Y eso lo hacía importante?, me preguntó el bárbaro. Me quedé mudo. El Rey me miraba como hincando sus ojos en mi yugular, como si sus ojos fueran los colmillos de una hiena hambrienta. ¿A qué se dedicaba su hijo? "Era Poeta". Una aguda y pestilente carcajada salió de sus fauces y me tiró al suelo con su hedor. Se burlaba de mí, me escarnecía. ¡Ningún poeta sirve para nada!, vociferó. Ya no hay libros, ¿lo sabe? Ya no hay escritores.

Esa raza maldita por fin ha sido desterrada de la faz de la tierra. No merecían vivir. Hacían que los demás pensarán. Nadie debe pensar, hoy se prohíbe reflexionar, se prohíbe razonar. Sólo hay un deber: cultivar la fuerza bruta con que nos dotó la naturaleza. Con la fuerza bruta se puede dominar, se puede tener todo. Fuerza, eso es lo único que vale, que el ser debe poseer; decía EL SER, como si se tratara de robots y no de hombres. Porque la fuerza hace dinero y el dinero es poder y el poder no está en el cerebro sino en el músculo... ¡y en las botas! Los gorilas que lo rodeaban rieron complacidamente, acariciando sus exaltadas musculosidades en un acto de narcisismo homosexual que me produjo vértigo. ¿Qué quiere, entonces?, me gritó. "A mi hijo, señor, quiero a mi hijo, es lo único que tengo en el mundo. Si ustedes lo han reprendido, por su falta moral de ser Poeta —dije como queriendo embaucarlos, pero en el fondo porque sentí la imperiosa necesidad de salvar el pellejo—, de querer contrariar el orden por ustedes establecido, yo le prometo, señor, que lo encaminaré, que haré de él un hombre en que la fuerza brote para que sirva a la causa de ustedes... Me comprometo... Quiero a mi hijo". Entonces un golpe como de fierro se clavó en mi nuca y ya no supe más, me desperté bañado en mi propia sangre, en un calabozo hediendo a estiércol y orina, a desechos y muerte. Había dos hombres ahí, casi de mi edad. Dos hombres que también habían buscado a sus hijos. Y una mujer, quizá más joven, que se decía anarquista. Yo había leído algo de los anarquistas. El diccionario decía que era una "doctrina política y social que preconiza la completa libertad del individuo, la supresión de la propiedad privada y la abolición del Estado". A principios del Milenio, un grupo rebelde había tomado esta idea y se había lanzado contra todo. Era natural. La propiedad privada debía ser abolida en favor de repartir las riquezas injustamente distribuidas; el Estado por su parte no servía para otra cosa que no fuera implementar la esclavitud y al mismo tiempo había demostrado incontables veces su poca capacidad para poner orden y su desfachatada inclinación a la ingobernabilidad. Sólo unos cuantos tenían acceso a la propiedad privada, todos los demás eran esclavos del Estado y de las altas jerarquías encumbradas en el poder de la Fuerza Bruta. En mi país, la mayoría éramos como el pueblo de Israel, sojuzgados por el hijo de puta del Faraón. Esperábamos a Moisés, pero no llegaría. Todos tendríamos que ser Moisés y atravesar las grandes aguas, abrir el mar y correr hacia la tierra prometida. El grupo anarquista comenzó a unirse clandestinamente, a formar pequeños grupos de choque, surgieron líderes con máscaras de heno que indicaban el camino a seguir. De lejanas comarcas llegaron arsenales de armas que otros pueblos también sojuzgados



nos convidaban; en diferentes puntos de la región se levantaron en armas algunos ejércitos que, viendo cómo la palabra y la razón de los poetas había sido derrotada, ahora enfrentaban al enemigo con sus propias armas, la fuerza bruta, la depredación, la sangre, la muerte... La guerrilla urbana llegó a mi ciudad. La guerra civil iba encefalada hacia el abismo. Muchos inocentes murieron. Los poderosos comenzaron a echarse la culpa unos a los otros, a declararse la guerra, también, a matarse. El caos imperaba. Las calles se poblaron de cadáveres, los templos cerraron sus puertas al llanto y al dolor. La comida escaseó. La luz eléctrica, el gas, el agua potable eran privilegio de unos cuantos. En muy poco tiempo, la ciudad estaba sumida en la oscuridad, en la barbarie, en el abandono. La gente robaba, mataba para subsistir, para llevarse un pedazo de pan duro a la boca. Llegaron los gorilas. Se apoderaron de la Residencia Gubernamental. Nombraron un Rey. El Congreso, donde yo alguna vez laboré, se convirtió en la trinchera de algunos grupos que defendían la urgente necesidad de restablecer un gobierno nuevo, soberano. Pero los gorilas ya habían establecido su imperio, venían apoyados por el tirano de todo el mundo: Norteamérica. Parecían invencibles. Los pocos hombres de bien que habían logrado salvarse se guarecían en catacumbas como los viejos cristianos y, muchas veces, hasta ahí eran perseguidos y asesinados, más aún si se trataba de poetas. Los anarquistas tomaron la decisión de acabar con todo. Para que resulte algo bueno de todo esto, parecían decir, lo único que queda es acabar y empezar de nuevo. ¡Borrón y cuenta nueva!, pero las armas del anarquismo eran débiles, siempre terminaban derrotados, traicionados por sus mismos integrantes, arrestados, decapitados en el Zócalo, sin juicio previo, ya no había más leyes que las del Gorilato. Torturados hasta la ignominia, muchos fueron desollados en el Palacio de las Bellas Artes, como un escarmiento que se quería artístico. "¡Hey, tú, director de la Costra-Culta! ¿Para qué quieren esa pinche mole marmórea de Bellas Artes?, decían los gorilas, ¡desuellen siquiera a un pendejo! ¡Pero con arte...!" Y así, entre ese tipo de situaciones, la gente con la que ahora yo me encontraba en el calabozo había sido detenida, y si no estaban muertos, era porque los gorilas creían que podían sacarles algún provecho, hacerlos hablar, hacerlos denunciar a otros como ellos, escondidos en las alcantarillas, en los subterráneos del Metro abandonado, en la ciudad universitaria donde habían sido incinerados millares de cadáveres de la rebeldía. Cuando me repuse del golpe en la nuca, a la primera que vi fue a la mujer, muy joven, muy guapa; me llamaron la atención sus protuberantes y cálidos senos que casi estaban desnudos. "Viva el anarquismo, viva el anarquismo", musitaba con la mirada perdida en el piso y sentada en cuclillas, balanceándose como una niña

desvalida, regañada. Ni los dos hombres ni ella se atrevían a decirme nada, era evidente que me miraban con desconfianza, con hastío, podían temer en mí a un enemigo. Era muy sabido que los gorilas infiltraban entre los desdichados rebeldes a muchos espías que habían sido actores y que ahora, a falta de teatro y telenovelas, prestaban sus servicios para interpretar el papel de anarquistas en desgracia, se hacían amigos de los verdaderos inconformes, les sacaban la información y luego eran los encargados de convertirse en verdugos. Mis compañeros podían pensar entonces que yo era un actor, pero poco a poco se dieron cuenta de que yo, sin ser anarquista, era un pobre hombre del pueblo que sólo buscaba a su hijo. Fueron ellos los que me convencieron de seguir su causa. "Será la única forma en que recuperarás la dignidad y en que vengarás a tu hijo, esté donde esté". Malena, como se llamaba ella, se hizo una gran amiga, una grata presencia que me animaba con su sonrisa diaria, con su espíritu inflexible. Pasó mucho tiempo. Perdimos la noción del tiempo. Las uñas nos crecieron como garras. Decidió Malena que rascáramos las paredes hasta encontrar un fondo hueco. "Debe haber un fondo hueco, debe haberlo..." Y sí, lo encontramos y hallamos muchos cráneos. Los cráneos me persiguen. Y con ellos destapamos el hoyo hasta que logramos salir y perdernos en el túnel del Metro. Y de ahí deambulamos por las alcantarillas de la ciudad, aun a sabiendas de que los gorilas podían encontrarnos. Pero nos sabían sin armas, aun cuando toda la ponzoña que nos habían inyectado pudiera en algún momento convertirse en una bomba letal de odio. Con Malena y mis otros dos compañeros, aprendí a comer ratas —sí amigas, las he probado—, sabandijas, cucarachas... Mi piel se fue tornando en una caparazón de mugre tan fuerte como mi indignación y mi rabia. Engordé y me puse tan robusto como nunca había estado en la vida. Tenía que hacer algo por mi país. Malena contactó con otros grupos mínimos como el nuestro y un día nos reunimos en el túnel del Metro del Observatorio. Todos se lanzaron a la lucha. Armados con varas, ladrillos, pedazos de trenes desazolvados por el paso del tiempo y del olvido, cruzamos a través de las horas inmortales de nuestra conciencia de clase. Malena, sin embargo, fue derrotada en un enfrentamiento en el Castillo de 'Chapultexhuan' donde la Reina Gorila vivía con sus hijos, durmiendo en la cama de la emperatriz Carlota Amalia de patética memoria y que Malena quería volar en mil pedazos. No pudo hacerlo. Fue descubierta por los gorilas y obligada a tener relaciones sexuales con todos ellos hasta morir llagada de sus partes y carcomida en vida de sus senos y sus nalgas. Mis dos compañeros vinieron a decírmelo: Malena ha muerto, debemos salvarnos. Huir. Ellos se lanzaron al mar negro de las aguas turbias. Ahí se perdieron, quién sabe ahora dónde estarán. Yo corrí por



el túnel del Metro hasta que llegué aquí, recordando la encomienda de Malena, resarciento en mi memoria todas y cada una de sus indicaciones. Recordé a mis anarquistas amados, cómo activaban bombas en todas las oficinas gubernamentales, su hermosa valentía de guerreros urbanos que pudieron destruir muchos nidos del Mal. No les importaba nada, sino destruir para hacer un mundo nuevo. Era la única forma de acabar con el Mal que los siglos habían cuajado en la historia. A Malena no le pudieron sacar nada. La torturaron, la mataron, pero nunca dijo nada de nadie. De ninguno de nosotros. Fue una santa, una heroína que pereció víctima de sus convicciones. Ahora ya no existe, sólo su ejemplo. Y yo estoy aquí y seguiré mis pasos. No hay tiempo de desandar nada. No hay tiempo de echarse para atrás. (*Rastrea el lugar, encuentra el cofre. Lo abre. Saca los explosivos.*) Aquí está. Es el tiempo. El tiempo que debe cumplirse. (*De pronto se oyen gruñidos de gorilas por encima de la alcantarilla. Sirenas de patrullas y la voz prepotente: "Aquí hay uno, aquí hay uno. Hay que acabarlo. Tiene dinamita. Cuidado. Mátenlo".*) Ahí están, nos huelen como perros rabiosos. (*Gritándoles.*) Pero para ustedes es tarde. El fin ha llegado. (*Se oyen chillidos de rata que van creciendo conforme la acción del Hombre va acelerando su ritmo.*) No podrán conmigo. No podrán con la voluntad de la lucha. Acabaré, acabaré. Mi país terminará libre al fin de la maldad. ¡Y que la Nación me lo demande! (*La voz sigue oyéndose a lo lejos: "Hay que detenerlo, hay que detenerlo. Quiere volar la Residencia. Saquen al rey, protéjanlo".*) Yo era un hombre bueno, se los juro. Lo seguiré siendo. ¡Y que la Nación me lo demande! ¡El Rey soy yo, y que la Nación me lo demande! (*Avienta un grueso arsenal de dinamita por la alcantarilla. Sobreviene una fuerte explosión. Oscuro. El chillido de las ratas entremezclado al de las sirenas se hace ensordecedor. Vemos el cadáver del hombre rodeado de ratas. La voz vuelve a escucharse: "Fuera de peligro. Un loco más. Un pobre desgraciado que creyó destruirnos. Está muerto. Que se lo coman las ratas. No hay problema. Todo está solucionado. Sólo era un loco más". El monótono goteo vuelve a surgir... Y sobre él, la tonada melancólica de La Internacional Socialista).*

OSCURO FINAL

Julio 11-16 de 2001, en la Ciudad de México, D. F.

NOTAS

- 3 Este monólogo obtuvo el Premio de Literatura del Instituto Mexicano de Cultura 2001 (Apoyos a Creadores). Y su intérprete, Luis Álvaro Silva, fue distinguido como el Mejor Actor de Monólogo 2001 por la Agrupación de Periodistas Teatrales.

RESEÑA GRÁFICA DE LA OBRA *LA PISTA*



